

Si los procedimientos de los Europeos con los salvajes no pecan de suaves, su conducta con los Orientales civilizados, como los Chinos y los Hindus, no es mucho mejor, pues hasta prescindiendo de todas nuestras guerras, ajenas á la menor equidad, nuestros procedimientos cotidianos con ellos bastarían á convertirlos en irreconciliables enemigos nuestros. Todos los que hemos estado en Oriente sabemos que los Europeos creen que les está permitido hacer lo que les dé la gana (1); y cuando el oriental no se halla directamente explotado, como el hindu, con impuestos que le arrebatan el último pedazo de pan, lo es por estafas comerciales, llevadas á cabo con una falta de pudor que demuestran cuán ligero es nuestro barniz de hombres civilizados. El Europeo pierde todas sus cualidades, rebajándose por su inmoralidad mucho más que los pueblos á quienes explota; y si en sus relaciones con los Orientales, los mercaderes europeos fuesen juzgados por las leyes de su propio país, habría poquísimos que se librasen del presidio.

Así es que no sin razón tienen los Orientales una pobrísima idea del nivel de nuestra honradez y moral. El relato de las relaciones de la Europa civilizada con China es una de las más tristes páginas de la historia de nuestra civilización, y quizá un día nuestros descendientes lo expíen terriblemente. ¿Qué pensará el porvenir de aquella sangrienta guerra, llamada del opio, en la cual China se vió obligada á cañonazos á aceptar el veneno que los Ingleses habían introducido en aquellos estados, y que el gobierno chino, aterrado de los peligros que resultaban de su uso, quería proscribir? Verdad es que hoy este comercio produce á los Ingleses 150 millones anuales, pero, según las evaluaciones más moderadas, entre las cuales descuella la del doctor Christlieb, el opio mata

pasos en el mundo; las matanzas efectuadas á sangre fría, y frecuentemente como diversiones; las cazas de hombres, organizadas al estilo de las cazas de fieras; poblaciones enteras exterminadas para hacer lugar á colonos europeos; con lo cual no podrán menos de reconocer que si el respeto de la vida humana es una ley moral y universal, ninguna raza la ha violado más ni de un modo más espantoso que la de ellos mismos.»

(1) Invito á las personas que dicen conocer la opinión de los orientales más ilustrados acerca de los europeos, á leer un notable artículo, publicado en 1878 en la *Revue scientifique* por Mr. Masana Maeda, comisario general del Japón en la última Exposición universal de París. Aunque su posición oficial y la nacionalidad del periódico en que escribía, le obligaron á velar sus opiniones, el autor habló clarísimamente; y después de exponer la desastrosa influencia de los ingleses sobre los chinos, «con el único objeto de sacarles el dinero,» demuestra que en el Japón los extranjeros, tanto en las ciudades como en los campos, no respetan nada de lo que ven, devastando sin escrúpulo la propiedad ajena y haciendo tanto desprecio de las leyes como de las costumbres.

anualmente 600,000 chinos. La sangrienta guerra del opio, y el comercio obligatorio que la ha seguido, quedan en la memoria de los Chinos como un ejemplo destinado á enseñar á sus hijos las dotes morales de los Europeos, á quienes persisten en llamar *bárbaros*. ¿Nos lo llaman injustamente? Por eso cuando los misioneros ingleses quieren convertirlos, los Chinos les contestan, según dice el autor que acabo de citar: «¡Cómo! ¡nos envenenáis para destruirnos y luego venís á enseñarnos la virtud!» No tiene razón el Chino razonando de este modo, pues debería comprender que el Inglés posee hereditariamente máximas de una moral especial, rigidísima, que debe cumplir, y que cumple, pagando á unos misioneros destinados á poner á los Asiáticos en disposición de disfrutar de la vida eterna, á que le conduce rápidamente el opio que le vende.

Los sentimientos de los Orientales con respecto á los Europeos han llamado la atención de todos los viajeros algo observadores; y citaré entre otros á un diplomático distinguido, ex-ministro plenipotenciario, Mr. Rochechouart, quien después de consignar en una obra reciente, que lo que más afecta al viajero cuando llega á la India, es «el desprecio de los indígenas á sus amos,» el autor añade que lo mismo ocurre en China. «Los criados de los blancos, dice, se avergüenzan ante sus paisanos de verse obligados á estar en contacto con la gente á quien sirven.»

Nuestra conducta justifica bastante la vivísima repulsión que por nosotros tienen los Orientales; y por mi parte no vacilo en decir, tomando su mismo punto de vista, que aunque los hubiésemos tratado siendo modelos de virtud, tendrían el mayor interés en rechazarnos, y alzar una muralla semejante á la que construyó antiguamente un soberano muy cuerdo en las fronteras del celeste imperio. Nada les importa una civilización adaptada á ideas, sentimientos y necesidades que no son los suyos, y tienen razón en proceder así. En efecto, ¿qué interés habían de tener en renunciar á sus instituciones patriarcales, á su existencia feliz y exenta de necesidades, adoptando nuestra vida febril, nuestras luchas implacables, nuestras profundas desigualdades sociales, el miserable trabajo en la fábrica, y las diferentes necesidades que las civilizaciones brillantes engendran? Una potencia oriental ha habido en el mundo, el Japón, que tuvo un día la fatal idea de adoptar nuestra civilización, y en otra obra he tenido ya ocasión

de contar los fatales resultados de esta experiencia, que sumió en un estado de desorganización extrema á un país que antes era dichoso, y en el cual, según la frase de uno de los Europeos encargados de instalar esa civilización ficticia, «la situación de los habitantes era mil veces preferible á la del trabajador necesitado,

anhelante y asendereado que gana penosamente la subsistencia en los talleres.»

Cuando los Arabes conquistaron el Oriente no llevaban consigo tal reguero de males. Los pueblos invadidos eran Orientales como ellos, y sus sentimientos, necesidades y estado social tenían analogía con los de los invasores. Así es



Arabe vendedor ambulante de panes, en Jerusalén

que aunque la India, la Persia y el Alto Egipto fuesen conquistados por los Arabes, ó por los Mogoles, y hasta por los Turcos, sus habitantes no tenían que sufrir las modificaciones radicales que trae consigo una civilización como la moderna. Con los Europeos, la existencia de todas estas poblaciones debería, al contrario, cambiar de arriba abajo; y como son demasiado débiles para ponerse en competencia con ellos, no tienen, lo mismo que el Hindu, otro porvenir que la miseria, y las revoluciones furiosas que la desesperación engendra.

La eficacia destructora que hoy ejercen los pueblos de Occidente contra los de Oriente, se halla bastante explicada con lo que precede; y para justificar la insaciable avidez de los Europeos no cabe invocar más que un solo derecho, el derecho que prevalece verdaderamente en toda la historia, el del más fuerte. Entre todas las creencias de las antiguas edades, la que se

tiene en este derecho soberano es la única que permanece en pie. Las naciones modernas tienen cuidados más graves que el de civilizar á otros pueblos: piensan con preferencia cómo podrán vivir, pues atendida la competencia creciente de las razas, los derechos que un pueblo posee están estrictamente en relación con el número de combatientes y cañones de que dispone. Nadie puede esperar hoy en día conservar lo que no sea bastante fuerte para defender: se ha de ser cazador ó caza, vencedor ó vencido: tal es la ley de los tiempos modernos. Cuando se trata de relaciones entre los pueblos, las palabras justicia y equidad pierden toda sanción, y por consiguiente todo valor; quedando reducidas á vanas fórmulas, análogas á las vulgares protestas con que terminamos una carta y que todos empleamos sin hacer el menor caso de ellas.

Los poetas nos hablan de una edad feliz, lla-

mada edad de oro, en la cual la fraternidad universal reinó entre los hombres; y si no es más que dudoso que tal edad haya existido, bien se puede asegurar que de todos modos se ha extinguido para siempre. El *væ victis* de Breno, amenazando á los Romanos en las ruinas de Roma, no resonó jamás de un modo tan duro en los oídos del hombre, como en nuestra edad presente. La humanidad ha entrado en una edad de hierro en la cual todo lo débil ha de perecer fatalmente (1).

(1) Dejemos aparte las fatídicas conclusiones de este capítulo, propias de un hombre que pertenece á una escuela que no sabe ver las transformaciones políticas que se están verificando en las sociedades

europeas, y que preparan un cambio de civilización. Esa escuela es muy pretenciosa, porque ha descubierto media docena de fórmulas teatrales, con que cree renovar y profundizar la historia. Pero nuestro objeto no es atacar las conclusiones inexactas y ciegas que acabamos de traducir, porque son demasiado inofensivas para requerir tal trabajo. Lo que nosotros queremos señalar á los lectores es el silencio que el autor guarda con respecto al trato que la nación francesa da á los orientales que se hallan bajo su dominio, como argelinos, tunecinos y cochinchinos; todos los cuales son casi las víctimas del egoísmo y brutalidad francesas, como los hindus y egipcios de los ingleses. Conste, pues, que todo lo que dice Mr. Le Bon de lo que sufren los Orientales que tienen la desgracia de estar en contacto con los europeos, todo, todo absolutamente es cierto; pero que debe extenderse á los franceses lo que se aplica tan sólo á los ingleses. Hay, sin embargo, entre ambos grupos una diferencia: la crueldad de los ingleses halla á veces entre ellos hombres de conciencia que protestan y anatematizan en libros y periódicos, denunciando las infamias de sus compatriotas; y entre los franceses no se estila más que explotar, embolsar y callar.

(N. del T.)

CAPITULO II

CAUSAS DE LA GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS ARABES.—ESTADO ACTUAL DE ESTOS

CAUSAS DE LA GRANDEZA DE LOS ÁRABES

Terminaremos nuestra historia de la civilización de los Arabes resumiendo, en un punto de vista general, las causas de su grandeza y de su decadencia.

Como factor preparatorio de la grandeza árabe, descuella el momento en que aparecieron.

Tanto para los individuos, como para los pueblos, este factor preparatorio tiene una importancia grandísima, pues muchas cualidades no pueden desarrollarse sino en momentos especiales; y así como Napoleón no hubiera sido señor de Europa á nacer en tiempo de Luis XIV, del mismo modo, si Mahoma hubiese nacido en tiempo del poder romano, los Arabes no hubieran de seguro salido nunca de Arabia, quedando desconocidos de la historia.

Mahoma nació en un momento propicio; y ya demostramos que cuando apareció, el viejo orbe se desquiciaba, y que bastó que los adeptos del profeta lo tocasen, para que se derrumbase.

Pero no basta derribar un imperio para fundar una civilización; y la prolongada impotencia de los Bárbaros, que heredaron la civilización de los Romanos en Occidente, como los Arabes la heredaron en Oriente, demuestra la dificultad de la empresa. El factor preparatorio que acabamos de citar, hacía posible la creación de un imperio nuevo, y de una nueva civilización; pero no era posible crearlo sin el concurso de otros factores esenciales, que ahora debemos determinar.

Entre los que mencionaremos en primera línea está la influencia de la raza.

Hemos puesto de manifiesto que lo que sobre todo caracteriza á una raza consiste en cierto

número de sentimientos y aptitudes parecidas, que coexisten en sus individuos y tienden á producir el mismo resultado.

Este conjunto de sentimientos comunes, creado por lentas acumulaciones hereditarias, es decir, el carácter nacional, representa la herencia de un pasado que cada uno de nuestros antecesores contribuyó á crear, y que nosotros contribuimos igualmente á aumentar para nuestros descendientes; la cual, si varía mucho de uno á otro pueblo, varía poco en uno mismo.

Cada generación modifica indudablemente estos elementos fundamentales del carácter nacional; pero de un modo tan lento, que se requiere el concurso de muchos siglos para que la suma de las ligeras transformaciones produzca un cambio sensible. La educación, el centro y las circunstancias parecen á veces causar algunas modificaciones rápidas, pero son efímeras.

En realidad, los caracteres morales é intelectuales de una raza son tan estables como los caracteres físicos de las especies. Hoy en día sabemos que éstos llegan á cambiar al cabo de mucho tiempo; pero que cambian con tal lentitud, que antes los naturalistas los consideraban como absolutamente invariables.

He procurado demostrar en otra obra que, no la inteligencia, sino la asociación inconsciente de los sentimientos que forman el carácter, es el móvil fundamental de la conducta; y por consiguiente es necesario comenzar por su estudio para llegar á explicarse el papel que los individuos ó que los pueblos desempeñaron en la historia. «El amor de las revoluciones y la facilidad de emprender guerras sin motivo, y dejarse abatir por los reveses» que César observó antiguamente entre nuestros antepasados, explican muchos sucesos de nuestra historia.

Sería fácil probar históricamente que las con-